



Vol. 13, No. 1, Fall 2015, 288-303

Debate

Intelectuales, política y cultura en los sesenta-setenta: Apuntes sobre la noción de campo y una polémica sin horizonte

Pablo Ponza

Universidad Nacional de Córdoba/CONICET/IDACOR

En el artículo “A desalambrar: apostillas sobre la noción de campo” (otoño de 2015, *A Contracorriente*), Leonardo Martín Candiano dirige duras críticas al enfoque propuesto por diferentes estudios abocados al análisis del proceso cultural argentino de las décadas de 1960-1970. Dichas críticas apuntan fundamentalmente en dos direcciones. En primer término y sin mayores distinciones, cuestiona compactamente textos de Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo, Oscar Terán, Silvia Sigal, Claudia Gilman y Pablo Ponza, quienes—a su juicio—habrían aplicado errónea y acríticamente la noción de *campo* sobredimensionando el proceso de politización de los circuitos intelectuales, del pensamiento y la cultura durante las décadas de 1960-1970. Sirviéndose o tomando prestados argumentos previamente expresados por los ensayistas Omar Acha (2012) y Néstor Kohan (2006), Candiano señala que los presuntos hallazgos de Altamirano, Sarlo, Terán, Sigal, Gilman y Ponza, se afincan en una interrogación equivocada y una supra atención al proceso de politización del campo de las letras, cuando en

verdad las formas de las experiencias del período estaban raigalmente entrecruzadas. Siguiendo la línea argumental de Acha y Kohan, Candiano indica que el uso del concepto de *campo* tiende últimamente a ser tomado como una *descripción* acrítica de una situación presuntamente dada en la realidad, según la cual es imperioso deslindar lo político de lo cultural apelando a la búsqueda de una mayor *profundidad* teórica. Candiano afirma que centrar la atención en dicha distinción en lugar de complejizar los análisis sobre la especificidad de los objetos de estudio utilizando la noción de Pierre Bourdieu, implicaría correr el riesgo de mutilar los estudios culturales respecto del conjunto de procesos sociales en el cual se instituye.

En segundo término, y siempre tributario de las reflexiones de Acha y Kohan; Candiano acusa a Terán, Altamirano, Sarlo, Sigal, Gilman y Ponza, de aplicar una separación tajante entre *campo intelectual* y *campo político*. Una separación que a su juicio habría tenido como objetivo original, fundante y deliberado legitimar la conversión a *burócratas profesionales y tecnócratas académicos* de intelectuales como José Aricó y Juan Carlos Portantiero—sólo por mencionar a dos de los referentes del grupo de marxistas gramscianos desilusionados y diezmados por la brutalidad del Terrorismo de Estado—, que en la década de 1980 buscaban un *aggiornamento* teórico que legitimara su ingreso a la socialdemocracia.

Para ir directamente al primero de los puntos señalados, considero que Candiano comete un error interpretativo, pues no parece haber muchas dudas de que *lo político* en los 60-70 (y en cualquier otro momento de la historia) fue una expresión constitutiva del campo social y cultural de la época, a tal punto que no parece riguroso pensar *lo político* como un elemento externo al resto. Esta convicción es explícita en mi trabajo *Intelectuales y violencia política: 1955-1973* (2010), donde revelo tempranamente la estrategia expositiva del texto, que consiste en analizar el período con la ayuda auxiliar y esquemática de la noción de campos, pero sin confundir una estrategia expositiva ni un modelo teórico con la realidad misma. Con esa precaución no sólo abordo la trayectoria de grupos y proyectos culturales, sino que describo frontalmente los matices sobresalientes de lo que considero una preeminencia de las preocupaciones

políticas en los núcleos intelectuales de izquierda. Repito, la preeminencia de las preocupaciones políticas, no su exclusividad.

La preeminencia de las preocupaciones políticas en los núcleos intelectuales de izquierda puede comprobarse fehacientemente de diferentes modos, por ejemplo, a través de la más de media centena de revistas político-culturales que circulaban en aquellos años, donde no sólo se observa el vigoroso intercambio de bagajes y discursos entre el mundo de la política y la cultura (nuevamente política y cultura tomados como aspectos de una misma y raigal experiencia), sino el pronunciado descentramiento y vacuidad de los límites entre uno y otro campo. Es sencillo comprobar la preeminencia de los temas políticos por sobre los temas culturales en las publicaciones de la época, por ejemplo, midiendo el espacio destinado a dichos temas en las revistas, aunque eso no nos daría por resultado que las experiencias políticas están desvinculadas de las culturales. Esta es una primera aclaración sobre la que vale insistir. La relación e influencia mutua entre política, cultura y sociedad que establezco en mi trabajo es intrínseca al objeto y no exterior o marginal, aun aplicando un recorte sobre el objeto y determinando los aspectos que concentrarán la atención del investigador, aun advirtiendo al lector sobre la presencia sobresaliente de una variable por sobre otra, la relación e influencia mutua entre política, cultura y sociedad es intrínseca al objeto de estudio. En este sentido, la noción de *campo* funciona como un caparazón conceptual vacío en sí mismo, un caparazón que los investigadores cargamos de sentido no para constreñir nuestra mirada o justificar posicionamientos políticos, sino para hacerla asequible a los lectores y la evaluación de los pares.

Lo que no advierten ni Acha ni Kohan, y por extensión tampoco Candiano, es que Altamirano, Sarlo, Terán, Sigal, Gilman y Ponza han centrado buena parte de su interés, no tanto en explicar y describir los atravesamientos e influencias mutuas entre los campos de la cultura y la política (que están y estarán siempre en permanente transformación), sino más bien en la mutación que ha sufrido la auto-representación que los propio intelectuales han elaborado de su rol o función social durante los últimos cincuenta años, y muy especialmente durante los *sesenta-setenta*, un tiempo caracterizado por la ilegitimidad de los gobiernos establecidos

entre 1955 y 1966, así como por las distintas dictaduras establecidas desde 1966 en adelante, cuyos traumáticos y devastadores efectos aún padecemos.

Por último, y antes de abocarme al segundo de los aspectos de la polémica e historizar brevemente algunos vacíos del texto de Candiano, quiero aclarar dos cuestiones. En primer lugar, en las páginas que continúan sólo respondo en mi nombre y por los aciertos e inexactitudes de mi propia labor investigativa. Y segundo, quiero desmentir una de las afirmaciones de Candiano: en mi libro *Intelectuales y violencia política: 1955-1973* (2010) yo no me amparo en la distinción de *campos* para cuestionar la politización cultural de los llamados *sesenta-setenta*, pues no cuestiono la politización sino puntualmente los penosos costos humanos y el callejón sin salida al que condujo la opción por la lucha armada. Asimismo, desprecio el chantaje político y moral que ejercieron las vanguardias militarizadas sobre aquellos núcleos intelectuales ideológicamente afines a un proyecto revolucionario imaginario cuyas expresiones y métodos de acción eran infinitamente más plurales y diversos que la lisa y directa confrontación militar.

Los vestigios de este chantaje, de esta mecánica intolerante, binaria y dicotómica tiene continuidad fundamentalmente en Kohan, quien—recientemente de modo más o menos directo y a través de articulaciones eruditas y complejas—se refiere despectivamente a “la criatura conceptual adoptada del crisol progresista de Altamirano y Sarlo” (2006: 161-162) englobando brutalmente a todos los trabajos que han buscado honestamente reflexionar sobre aquella época traumática. Coincido parcialmente con Kohan en que los argumentos *bourdianos* puestos en valor, fundamentalmente desde la década de 1980 en adelante, sirvieron como vía de *aggiornamento* para los intelectuales ex marxistas gramscianos que regresaban al país y buscaban legitimar su ingreso a la socialdemocracia. No obstante, creo que Kohan se equivoca al pensar que separar metodológicamente el *campo intelectual* del *campo político* sería un pecado básico y originalmente destinado a justificar la conversión ideológica de los ex revolucionarios devenidos, según sus propias palabras, a burócratas profesionales y tecnócratas académicos. Desde su perspectiva

la noción de *campo intelectual* estaría subordinada a los dispositivos socialdemócratas de reescritura de la historia en clave progresista y no como una categoría conceptual útil para analizar, entre otros objetos, nuestro pasado reciente.

A propósito de los intelectuales, el Terrorismo de Estado, la violencia revolucionaria y la re-significación de la democracia

Fueron la aguda brutalidad del *Terrorismo de Estado* durante la última dictadura militar argentina (1976-1983), la estrepitosa derrota de las organizaciones político-militares, y el fracaso de los proyectos revolucionarios a escala continental, las principales razones que dieron lugar a que—desde mediados de la década de 1970—un importante grupo de intelectuales marxistas genéricamente vinculados a las experiencias editoriales de *Pasado y Presente*, iniciara en el exilio un profundo proceso de revisión crítica, expiación—e incluso *mea culpa*—respecto de sus perspectivas ideológicas y actuaciones políticas previas. A quien le interese explorar esas razones puede seguir la trayectoria de dicha revisión crítica, por ejemplo, a través de revistas como *Controversia para análisis de la realidad argentina* (México 1979-1981), o a través de la primera etapa de *La Ciudad Futura* (Buenos Aires 1986-1991), donde confluyeron, además del grupo de Aricó, Portantiero, De Ípola, Tula, Del Barco, Schmucler, el grupo vinculado a *Punto de Vista*, cuyos referentes más destacados eran Sarlo y Altamirano.

En dichas publicaciones están expresados los principales puntos de ruptura con su pasado militante, cuyo meollo conflictivo consistió en el rechazo tanto de la metodología armada como de las posiciones revolucionarias más radicalizadas. Para este grupo, la constricción ideológica y política que hasta entonces habían ejercido las vanguardias armadas sobre los núcleos intelectuales era evidente e intolerable. Todos coincidieron en criticar los usos y representaciones más usuales del rol político adjudicado al intelectual, en especial la subordinación de sus tareas a los planes coyunturales de las vanguardias revolucionarias armadas, fuertemente influenciadas por la gesta Cubana.

En dichas circunstancias ese espectro de la izquierda intelectual que buscaba reencauzar su rumbo hacia nuevos horizontes políticos, asistía entonces a una crisis de respuestas, a un vacío de ideas, no sólo para repensar las alternativas posibles de transformación social tras el fracaso de las iniciativas *foquistas*, sino incluso para imaginar horizontes mucho más urgentes y cercanos como eran, por ejemplo, salvar su propia vida, evadir el secuestro, la tortura, la desaparición, el exilio y la muerte que aplicaban las fuerzas represivas del Estado. Sólo a partir de allí era posible planear una salida viable a las férreas dictaduras que pesaban sobre Argentina y gran parte de Latinoamérica. Para ello consideraron que no sólo debían revisarse las concepciones ideológicas que habían aportado a la confrontación extrema, sino también llevar adelante un profundo cuestionamiento de su tradición e instrumentos de análisis. Es decir, por un lado, la derrota militar habilitó la crítica a la lucha armada y la impugnación a la tradición vanguardista; y por otro, el fracaso político dio lugar a una crisis de sentidos ya latente en el marxismo, en especial de sus lecturas clásicas y eminentemente economicistas. Puede decirse que el marxismo atravesó en esos años uno de los reflujos más notorios del siglo XX, perdiendo no sólo su capacidad persuasiva frente a un contexto continental complejo, sino mostrándose incapaz de proponer un itinerario de acción eficaz para establecer un orden político no autoritario. En resumen, a fines de la década del 1970, el núcleo intelectual argentino más destacado en el exilio mexicano coincidió en que los usos e interpretaciones más frecuentes y mundanos del marxismo habían incurrido en distorsiones cognitivas, en simplificaciones o recortes maniqueos de procesos largos y complejos que generaron estereotipos y abstracciones sin correlato válido en la realidad, cuyos postulados se habían convertido en palabras huecas que sólo servían para constreñir las posturas pluralistas y heterodoxas que circulaban subterráneamente en la izquierda.

A mi entender es correcto, según recuerda Néstor Kohan, que por esos años la izquierda exiliada en México recibe desde Europa el impacto de una izquierda moderada en crisis por sus frustraciones electorales. Y a partir de allí “en el grupo de Aricó y Portantiero comienza a ganar terreno el rechazo a toda opción radical, y la moderación creciente va acompañada

por el distanciamiento de la otrora admirada Cuba” (Kohan, 2005: 42). Efectivamente, en esos años la izquierda europea reforzó su perspectiva democrática y parlamentaria, así como la visión convergente y modernizadora de los partidos comunistas de Francia, España e Italia, dando forma al llamado eurocomunismo. Recordemos que buena parte de los intelectuales vinculados a *Pasado y Presente*, *Controversia*, y *La Ciudad Futura* se habían formado al calor del pensamiento marxista italiano no ortodoxo, y que sus reflexiones críticas habían estado permanentemente atravesadas por los debates del campo político-intelectual italiano no estalinista. Tal como había ocurrido en los sesenta con Gramsci, Colletti, Badaloni, Della Volpe, Luporini, Togliatti o Croce; era esperable que en los ochenta fueran Biagio de Giovanni, Mario Tronti, Aldo Tortorella, Giacomo Marramao, Gianfranco Poggi, Lucio Coletti, Norberto Bobbio, entre otros, los que se convirtieran en interlocutores de privilegio para reorientar el curso político e ideológico en el nuevo contexto democrático. Esto no tendría porque sorprender a nadie, pues ese espectro ideológico de la izquierda europea era del que histórica y fundamentalmente había abrevado este grupo. En definitiva, fue el pragmatismo político, la comprobación práctica del fracaso, la que empujó a la transformación.

Por supuesto que semejante conversión ideológica, semejante giro político durante el crítico proceso pos dictatorial de los ochenta, suscitó cuestionamientos y polémicas como las que sigue hoy alimentando Kohan, Acha y Candiano, de allí que durante la llamada transición a la democracia el concepto de intelectual volviera a ser objeto de análisis. A juicio de Roxana Patiño (2006), entre 1984 y 1987 la virtual polarización del campo intelectual argentino expresó en las revistas de época por lo menos dos trayectorias muy distintas a la que predominó en el *Club de Cultura Socialista*, *La Ciudad Futura*, y *Punto de Vista*. Este fue el caso, por ejemplo, de *Pié de Página* (1983-1985), *Mascaró* (1984-1986), *Praxis* (1983-1986), y *La Bizca* (1985-1986), que buscaron reconstruir con poco éxito las consignas marxista más bien clásicas. Por otra parte, algunas publicaciones de vida más o menos extensa como: *El Porteño* (1982-1993), *Nova Arte* (1978-1980), *Ulises* (1978), *Brecha* (s/f), *Crear* (1980-1984) y *El*

Ornitorrinco (1977-1987), se posicionaron desde la idea y la estética del compromiso. Y otras revistas de vida más efímera, como el *Molino de Pimienta*, *Contraprensa*, *El Despertador*, *Nudos* y *La Danza del Ratón* se mostraron siempre más cercanas a las lecturas y el lenguaje típicamente *setentista* que a las declaraciones rupturistas. Cabe puntualizar que las publicaciones mencionadas, en general, no avalaron la revisión crítica del intelectual y su representación más frecuente, así como tampoco coincidieron en el tenor crítico del marxismo y la cultura política de izquierda que proponían tanto el *Club de Cultura Socialista*, como *La Ciudad Futura* y *Punto de Vista*.

Otro ejemplo de las divergencias fue la revisión de la idea de vanguardia, que durante los sesenta había sido usada casi en exclusividad para definir la avanzada política y militar, y que en los ochenta cayó en desuso frente a la idea de *intelectual ciudadano*, modélica y abstractamente definido como un individuo plural y tolerante, capaz de cuestionar su tradición revolucionaria. En opinión de Alejandra González Bazúa (2013), los editores de *Punto de Vista* se propusieron debatir el papel que sería legítimo desempeñar por los intelectuales en una sociedad democrática. Esta re-conceptualización, esta revisión, y de hecho esta crítica a las antiguas representaciones del intelectual no fue bien recibida por los sectores más radicalizados de la izquierda, acostumbrados—entre 1955 y 1983—a dividir dicotómicamente la realidad en sólo dos partes, por un lado el revolucionario y, por otro, los *agentes del imperialismo* y las Fuerzas Armadas como su principal enemigo. Una operación que hasta allí les había resultado rentable para establecer un sólido eje de solidaridad y aglutinación interna. Pero en 1983 y bajo un contexto democrático la situación cambió completamente y el vaciamiento de complejidades que venía sufriendo el sector letrado de izquierda buscó recomponerse bajo un nuevo paradigma.

Ya entrados los ochenta, el papel del hombre de letras, la función del pensador de la cultura y la política, el ideario alrededor del rol social del intelectual en la esfera pública sufrió una poderosa transformación y esto afectó, como ocurre habitualmente, a unos más que a otros, pues siempre hay grupos intelectuales destacados que ocupan el centro institucional de la

escena y marcan las líneas del debate público. Tras la experiencia dictatorial, creció el deseo de re-insertarse laboralmente en puestos estables, y ello exigió una transformación ideológica explícita, o tras la dictadura y el exilio, tras las penurias vividas durante el terrorismo de estado, tras los estrepitosos errores de los principales grupos guerrilleros, tras la recuperación democrática en 1983: ¿Qué debían hacer los intelectuales? ¿Debían hacer de cuenta que no había pasado nada? ¿Debían seguir repitiendo las mismas consignas que antes de la debacle? En 1983, en un contexto de altísima inestabilidad ¿cuál era entonces el dilema a resolver? ¿Reforma o revolución?

Es honesto decir que en 1983 la llegada de la democracia fue mayoritariamente vista por el arco intelectual como la mejor alternativa posible a la dictadura. De allí, como indica Cecilia Lesgart (2003), que la democracia fuera aceptada primero como un orden de mínimos institucionales que debía ser, poco a poco, cargado de contenidos. En este sentido, Jacques Rancière (1996) señala que a esa idea primaria y esquemática de democracia le faltó la mirada desde el *desacuerdo*. Y esta parece ser una presunción lógica, no sólo si tenemos en cuenta la tradicional marginalidad y la escasa experiencia de la izquierda revolucionaria en espacios institucionales y de gobierno, sino también el tradicional desprecio o mirada instrumental que la izquierda tenía de la democracia. Cabe preguntarse si cierta inclinación despótica de la izquierda radicalizada argentina ¿fue impulsada por la imposibilidad obvia de convertirse en opción de poder a través de las urnas? ¿La democracia les resultaba inviable porque era un sistema inadecuado o porque no tenían ninguna chance de ganar?

Cabe agregar que la influencia ejercida por el discurso alfonsinista, el re-ordenamiento institucional y el cambio de rol adjudicado al universo letrado, permitieron no sólo ocultar, matizar o directamente defecionar posicionamientos radicalizados, sino también desplegar una novedosa departamentalización del conocimiento hacia el interior de los circuitos académicos. Departamentalización, por cierto, que en un contexto democrático fue sinérgico y coherente con algunas apreciaciones teóricas como, por ejemplo, la noción *bourdiana* de *campo*. En esto, la crítica

relectura de autores clásicos como Marx o Gramsci, así como el protagonismo que adquirieron en la escena de la época algunos repertorios *contractualistas* habrían propiciado, por un lado, la incorporación de nuevas referencias teóricas que tenían como objetivo último realzar la alicaída y desprestigiada idea de la democracia como sistema eficaz para licuar las controversias políticas. Y por otro, permitió incorporar nuevas perspectivas, enfoques y categorías conceptuales para pensar los conflictos sociales.

Este hecho puede haber resultado más o menos simpático para los militantes de izquierda de la época, pero es insoslayable que tras la dictadura (e incluso antes) las posturas revolucionarias de basamento marxista fueron cediendo protagonismo y los intelectuales de izquierda más visibles de entonces consideraron que el momento de verdad de algunos de sus conceptos centrales debían ser revisados y superados por esquemas que permitieran pensar y representar la realidad en virtud del cambio histórico al que asistían. ¿Hubo aquí una pérdida de confianza en el cientificismo unilineal y eminentemente economicista del marxismo? ¿Una pérdida de confianza en sus impulsos compactos y totalizadores frente al potente, contradictorio, imprevisible pero notorio desarrollo del capitalismo moderno? ¿Hubo una pérdida de confianza en el sentido progresivo de la historia y, a partir de allí, creció el deseo de oxigenar el pensamiento con perspectivas más ajustadas a los marcos de escucha de la época, más propicios a las nuevas preocupaciones, las necesidades y los conflictos de entonces? ¿Hubo un giro enfático hacia un posibilismo progresista que fuera menos beligerante con el origen y la primacía del capital en tanto eje de la dominación de la lucha de clases?

El paradigma sociológico constructivista y la noción de campo

Es a partir de entonces que aparecen con fuerza autores como Norbert Elías, Anthony Giddens, Peter Berger, Thomas Luckman, Aaron Cicourel, Pierre Bourdieu—entre otros referentes del amplio y heterogéneo paradigma sociológico constructivista—que alimentan un debate teórico-metodológico focalizado en resolver interrogantes como: ¿cuál es el principio que rige la lógica de las prácticas sociales? ¿Cómo se producen y

reproducen los agrupamientos dentro de los diversos universos sociales? ¿Qué es lo que explica la unidad, los cambios y las continuidades en los grupos? ¿Cómo deben abordarse los fenómenos sociales, políticos y culturales del mundo contemporáneo? Y ¿cómo deben ser definidos los objetos de observación sociológica?

Para Alejandro Grimson (2011) a lo largo de los últimos treinta años dos grandes perspectivas teóricas en ciencias sociales tomaron como objeto de estudio la sociedad y sus procesos: la objetivista y la subjetivista, y ambas requieren hoy ser sometidas a un debate epistemológico para resolver los interrogantes políticos, culturales y científicos que permitan superarlas sin dejar de asimilar sus contribuciones. Para Grimson, el problema teórico y político actual puede sintetizarse diciendo que las modalidades dominantes en la crítica al objetivismo nos han llevado a un callejón sin salida debido a su unilateralismo, su banalización y superficialidad. En su versión extrema, frente a una pretensión de verdad objetiva, se repone la más pobre de las tradiciones idealistas: aquella que postula que el estatuto de lo real sólo existe como percepción o idea, y que sólo podemos construir imágenes ficcionales acerca de los actores, las clases y las estructuras del poder.

Para centrarnos ahora más concretamente en el caso de Argentina, podemos decir que la notable actualización y proliferación de interrogantes, análisis y debates de la última década respecto a los procesos político-culturales de nuestro pasado reciente, invitan a revisar no sólo nuestros objetos de estudio sino también nuestras matrices conceptuales de lectura y acceso a la realidad, este es casi un requerimiento de honestidad y preparación al que debe estar atento todo investigador que aprecie la rigurosidad. Es sencillo advertir que en la historiografía argentina contemporánea siempre han existido grupos o núcleos intelectuales que han logrado imponer, de modo más o menos exitoso y duradero sus interpretaciones sobre episodios y procesos del pasado. Que Aricó, Portantiero y compañía hayan logrado imponer en parte una síntesis sobre los traumáticos episodios del pasado reciente no parece ser del agrado de Kohan, Acha y Candiano y eso está muy bien, o mejor dicho, es legítimo. Siempre han existido grupos intelectuales que han logrado imponer su

mirada, y lo han hecho, fundamentalmente, a partir del manejo y difusión de determinadas categorías conceptuales, sistemas de ideas y teorías que fueron, por lo menos momentáneamente, originales, creativas y persuasivas para el auditorio específico al que se dirigían. Sin duda, en su proceso de construcción y consolidación, las categorías conceptuales, los sistemas de ideas y teorías explicativas siempre destacaron elementos constitutivos de una visión y restringieron la potencialidad de otros que fueron considerados coyunturalmente secundarios, logrando al mismo tiempo un efecto de expansión y recorte de la imaginación y las percepciones. Podemos renegar indefinidamente de ello, pero así de arbitrarias y cambiantes son las modas intelectuales.

Por otra parte, el circuito editorial—que es un espacio de consagración específico—genera otra clase de problema, pues el circuito editorial es una especie de árbitro legitimador de autores y de exégesis históricas a partir de normas y reglas externas a la academia y el propio método científico. No abundaremos sobre este punto, pero sí consignaremos una breve mención respecto al establecimiento de modas académicas asociadas al interés y la acción del mercado editorial. Parece casi obvio que las políticas editoriales están condicionadas por las ventas y la aceptación de sus productos en el mercado de consumo, así como es esperable que algunos trabajos ensayísticos no muy rigurosamente ceñidos a las precauciones del método científico hayan alcanzado circulación masiva con gran llegada al público. De modo que, con frecuencia, las lógicas del mercado editorial no sólo influyen en las características, el formato y las conceptualizaciones intelectuales, sino que además consagran estudios sin necesidad que su estructura se ajuste a una experiencia empírica. De allí que todas las categorías conceptuales y sistemas de ideas deban ser sometidas a procedimientos de deconstrucción.

Entonces el problema no parece ser sólo terminológico o de las categorías conceptuales, el problema principal más bien parecen ser las tipificaciones, la aplicación mecánica, instrumental y acrítica de categorías que son utilizadas más como método de inserción y aceptación en un debate previamente establecido, que como herramientas para el análisis complejo de las tensiones, las tramas interiores, las diferencias, los

conflictos, las interacciones y las transformaciones contingentes de procesos sociales, políticos, culturales y económicos vivos, dinámicos y cambiantes. Cuando los objetos de estudio se convierten en el reflejo opaco de una realidad homogeneizada por el ojo cómodo, fragmentario y esquemático de un investigador (carente de interés genuino por el cotejo, el vínculo o el sustento empírico) sus afirmaciones son resultado de operaciones ficticias, sea cual sea su compendio teórico o metodológico. Desde nuestro punto de vista, la definición de investigador es la de un explorador que se propone analizar una configuración política y cultural determinada en un eje espacio/tiempo específico y acotado que le permita identificar actores protagónicos y subalternos, caracterizar su historicidad, determinar la red de sentidos y significaciones, el peso e influencia de las tramas simbólicas, los accesos y desigualdades en una jerarquía intersubjetiva de poderes, y un larguísimo, casi interminable etcétera.

Como coincidencia y dato sobresaliente del paradigma constructivista, un paradigma que más tarde o más temprano será superado, es que concibe toda expresión humana como resultado esencialmente histórico e independiente de la conciencia y la voluntad deliberada de los actores. Esto significa que toda forma social se construye sobre una forma anterior, que dicha forma anterior es susceptible de apropiación, reproducción y relativa transformación en la interacción cotidiana; y que la acción sobre las formas del pasado abre un nuevo horizonte de futuro. Es por ello que todo proceso social, político y cultural específico debe ser analizado como producto devenido del cruce entre una dimensión objetiva y otra subjetiva. Es decir, la red de reglas y significaciones instituidas en el pasado son asequibles e interiorizadas por los hombres a través de canales de representación subjetiva que al mismo tiempo orientan y restringen su acción. En dicho procedimiento se advierte un doble movimiento. Por un lado, las reglas exteriores funcionan como fronteras objetivas; y por otro, el acceso cotidiano, el apego práctico y la interpretación sensible de las reglas instituidas hacen de parámetro subjetivo. Giddens, Berger y Luckman se refieren a dicha dimensión subjetiva con la idea de *sociedad interiorizada*; Elías con la de *estructura de la personalidad*; y Bourdieu (2002) con la de *estructura interior*,

aunque actualmente esta construcción teórico-metodológica se ha extendido ampliamente bajo la idea del *habitus*.

Pero no son todas coincidencias, pues los autores siempre muestran disparidad de criterios respecto a cuál es el grado de incidencia de la historicidad por sobre la identidad, de la estructura por sobre la acción individual y, fundamentalmente, cuál es la reflexividad epistemológica que aplica el investigador sobre el conocimiento acumulado en la definición de su objeto de estudio. En este sentido cabe destacar que la discusión está plenamente abierta, pues no hay soluciones de continuidad para la diversidad de interrogantes que los investigadores proponen. Quizás por eso, dentro del colectivo constructivista, Bourdieu representa una variante específica auto definida como constructivista estructuralista, cuya característica diferencial consiste, por una parte, en reconocer la existencia de una génesis social en los esquemas de percepción, de pensamiento y de acción constitutivos del *habitus* y, por otra, la existencia de estructuras sociales de grupos particulares, algo que Bourdieu definió con la idea de *campo*. Recordemos que los campos no conforman otra cosa que un sistema de posiciones objetivas donde se sitúan los sujetos y, en ese sentido, ayudan a constituir y a enmarcar las expresiones subjetivas nacidas dentro de su lógica, y que son incorporadas como *habitus*. Estos *campos* nunca son armónicos, sino que se trata de espacios en permanente conflicto y luchas, una arena de antagonismos ideológicos y políticos.

Para Bourdieu (1987) el *habitus* tiene un carácter multidimensional de esquemas lógicos y estructuras cognitivas, pues se trata de un sistema de disposiciones que se confrontan permanentemente con las nuevas experiencias y se constituyen como fundamento objetivo de las conductas. En pocas palabras, el *habitus* sería aquello que explica por qué los agentes de un mismo campo se comportan de modo semejante ante las mismas circunstancias. En este sentido estaríamos en presencia de un sistema con cierta regularidad, un sistema duradero aunque no inmutable, una racionalidad sin cálculo, una causalidad no mecanicista. El *habitus* de Bourdieu definiría el sentido práctico de los sujetos, el sentido del juego de relaciones sociales en que se halla inserto pero sin una necesaria sumisión consciente a sus reglas, normas y valores, pues el juego social no siempre

comporta reglas explícitas. Se trataría así de una racionalidad sin cálculo, de una causalidad no mecanicista de las estructuras objetivas. Este y no otro es el posicionamiento teórico y conceptual que buscó imponer mi trabajo *Intelectuales y violencia política: 1955-1973* (2010).

En su origen, dicho debate y desarrollo teórico-metodológico no apuntaba a legitimar el paso de los intelectuales revolucionarios a la social democracia como señala Candiano, sino a destituir el paradigma sociológico precedente, caracterizado por el maniqueísmo dicotómico de las concepciones binarias o la experiencia sociológica *durkheimniana*, que analizaban los fenómenos sociales a partir de procesos de socialización presentados esquemáticamente a través de pares conceptuales compactos, como por ejemplo idealismo vs. materialismo, sujeto vs. objeto, actor colectivo vs. actor individual, nación vs. imperialismo, etc. Ahora bien, las características propias de las sociedades de consumo modernas, eminentemente individualistas, liberales regidas por la primacía del mercado y lo económico, han favorecido un desarrollo homólogo en las perspectivas científicas e inclinado, no sólo a sucesivas correcciones y readaptaciones del concepto de *habitus* y *campo* (como es el caso de categorías conceptuales asociadas a la idea de *capital cultural*, *social*, *simbólico* y *físico*, o la idea de *estrategia*, *inversión*, *valor de cambio*), sino incluso a un uso acrítico y un vaciamiento de su complejidad en términos de historicidad. De ello debemos estar precavidos y atentos. Además de dispuestos a trabajar sin permitir someternos a ninguna clase de chantaje intelectual, político o moral.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (2002). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor.
- González Bazúa, Alejandra (2013). *Pensarse intelectual. Reflexiones de intelectuales latinoamericanos sobre su quehacer desde dos revistas, Casa de las Américas y Punto de Vista (1981-1990)*, Tesis

inédita, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC), Universidad Nacional Autónoma de México.

Grimson, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Kohan, Néstor (1999). *La rosa blindada, una pasión de los '60*. Buenos Aires: Ediciones La Rosa Blindada.

---. (2005). "A propósito de 'Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente' de Raúl Burgos", *Revista Ñ*, N°71, 05/02/05.

---. (2006). "Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana" en *Crítica y Teoría en el pensamiento social latinoamericano*.

Acha, Omar. *Un revisionismo histórico de izquierda*. Buenos Aires: Herramienta, 2012.

Ponza, Pablo (2010). *Intelectuales y violencia política: 1955-1973*. Córdoba: Babel.

---. (2014). "De la revolución armada al pacto democrático". En Ansaldi, Waldo y Giordano, Verónica (coord.) (2014). *América Latina. Tiempos de Violencia*. Buenos Aires: Ariel.